

opiniones de las épocas en que han vivido los personajes; sus intenciones, la justicia ó la iniquidad de sus empresas, deducida, no de los juicios humanos, sino de principios eternos; los deseos, los temores, los padecimientos de esa muchedumbre que sin tomar parte alguna en los sucesos públicos sufre sus consecuencias; en suma, aquellos elementos en que únicamente puede apoyarse como en legítima base un juicio acertado y decisivo sobre los hechos, desaparecen del todo bajo la pluma de los escritores de la escuela clásica. El mismo Maquiavelo que antes que nadie esforzó el ingenio para investigar las causas lejanas de los sucesos, creó una obra sin modelo, en la que con facilidad y profundidad esculpió su pensamiento en un estilo de desnuda energía como la de los atletas; pero en el fondo es enteramente clásico. Lleno de entusiasmo por el triunfo, poseído de admiración hácia todo golpe de audacia política, Roma le parece grande, del mismo modo que á Polibio, porque conquistó tantos pueblos, y les quitó por fuerza ó por astucia riquezas, leyes, libertad é independencia. Este era el ejemplo que proponía á los tiranos de Italia: exterminar con el acero ó envolver en una red de engaños á todo aquel que se resistiera, y sacrificar hecatombas humanas al ídolo de una grandeza cimentada tan solo en la fuerza. Este es el pensamiento político homicida del secretario florentino, tan extraño á las ideas modernas, que ha sido asunto de discusión entre los eruditos si habló de buena fe ó irónicamente; pero ya el buen sentido popular había pronunciado su fallo en tal materia, dando el nombre de su autor á esa miserable política, que proponiéndose un fin, no repara en los medios, sean justos ó injustos, sagaces ó violentos; política de que se acusa á Italia como inventora, por los mismos que la han hecho víctima de ella.

Y sin embargo, Maquiavelo tiene ya mucho de moderno; introduce la discusión en la Historia, y tiende á reducir á teoría filosófica la serie de los hechos. En esto lo imitan el sutil Comines y Guicciardini, el cual por su servil imitación de los antiguos, su pesadez en las arengas, su palidez en las descripciones y la inhumana indiferencia de sus juicios, sobresale entre los escritores para quienes la Historia era el arte de ejercitar la elocuencia, y de poner en relieve un personaje ó un suceso, dejando en la oscuridad á la muchedumbre que carece de nombre.

Me inspira tan severo juicio la convicción de que este modo de considerar la Historia no satisface ya las necesidades de la época. Italia misma (único país que presenta todavía ejemplos, notables, por cierto, de este género de obras), invoca otras formas que no sofoquen la verdad entre los adornos de la belleza, y que dejando para las academias las declamaciones en que el autor se pone en lugar del personaje que describe y le presta sus propios pensamientos, cooperen á vigorizar los ingenios, la

civilización, la economía social. Menester sería haber tenido cerrados los ojos por espacio de tres siglos, y no haber visto por consiguiente uno solo de los adelantos de la humanidad en su camino, para no advertir el crecimiento gigante de otras ideas al lado de la idea de la fuerza. Ya solo se quedan para los Chinos las narraciones en que se atribuye exclusivamente al rey cuanto hace la nación: en nuestros días no se cree en cambios impuestos por un legislador, ni en revoluciones debidas á una conjuración; quíere tener en cuenta la humilde felicidad del mayor número á quien perjudica mas una ley fuera de tiempo, un tributo corruptor que una atrocidad instantánea; y no tardará en afirmarse que quien dió á los navegantes la brújula, ó inventó un nuevo agente motor, ó introdujo el camello en el África meridional, merece mas fama que las obras de la fuerza, ya se anuncien brutalmente bajo los nombres de Atila, Gengis-Kan ó Tamerlan, ó ya traten de paliarse bajo los nombres mas clásicos de Sesóstris, de Cambises y de Napoleón.

Inútil de todo punto es buscar en las crónicas y en los anales la armonía entre lo bueno, lo verdadero y lo bello. Las insignes obras de los padres de San Mauro, de los Bolandistas, de Duncange, de Baluzio, de Monfaucon, de Canciani, de Leibnitz, de Muratori, y las muchas que con laudable paciencia producen nuestros contemporáneos, son materiales que esperan y piden el soplo de vida de quien sepa infundírsela. En esta clase podemos comprender las historias por cuadros sinópticos, invención de nuestra época, como son las de Le Sage y de Longchamps; obras de gran trabajo para quien las emprende, provechosas para ser consultadas y sostener la atención por medio de los sentidos; pero en las cuales lo árido de la exposición, la indiferencia entre lo verdadero, lo probable y lo falso, la falta de todo enlace, si se exceptúa el del tiempo, elemento tan variable por sí, hacen que no podamos figurárnoslas sino como una trama compuesta de hilos calculados solo en longitud, y que necesitan ser tejidos para formar un dibujo ó dar alguna utilidad. Aun los manuales, á cuya cabeza debe ponerse Heeren, equivalen á la obra de aquel que reuniese una serie de proposiciones geométricas, utilísima ciertamente, pero que no da las demostraciones, ni por lo mismo ciencia verdadera.

Hoy los periódicos hacen las veces de crónicas; pero las crónicas periodísticas son tan inexactas bajo la tiranía de la libertad y de las facciones, como lo eran las antiguas bajo la tiranía de los reyes; y á las generaciones venideras les costará mas trabajo descubrir la verdad en los periódicos de estos tiempos, que á nosotros nos cuesta hallarla en los cronistas de la edad media, los cuales rudos, pero no viles, engañados, mas no engañadores, juzgan mal los hechos, pero no se desprenden de sus senti-

Anales,  
Croni-  
cas, Me-  
morias.

mientos interiores ni hacen gala de ser cobardes.

Mejores crónicas de los tiempos modernos son las Memorias. La *Retirada de los diez mil*, los originales *Comentarios de César*, las *Anécdotas de Procopio* no permiten decir que no fueron conocidas de los antiguos; pero ahora han adquirido extensión é importancia mucho mayores, especialmente entre los franceses, de quienes muy bien puede decirse, que cuando escriben Memorias están en su elemento. En ellas todo es dramático, ya nos hagan notar con Joinville al hablar de las Cruzadas la mezcla de tosquedad septentrional, de sentimientos evangélicos y de ligereza francesa, que animaban á aquellos caballeros á conquistar coronas que no habian de ceñir sus frentes; ya nos cuenten con el *Leal Servidor* las hazañas de Bayardo sin miedo y sin tacha; ya se entretengan como Froissart en describir torneos y pasos de armas; ya, en fin, examinen con el cardenal de Richelieu las causas políticas de los sucesos. Abundan en errores, fanfarronadas y hasta falsedades, pero no incurren en anacronismos de costumbres ni de caracteres, y en ellas todo, hasta el lenguaje y el estilo, sirve para representarnos la época, mejor aun que las historias propiamente dichas. Benvenuto Cellini y las vidas de los literatos y artistas conservan á retazos la verdadera historia de Italia, y presentan á la posteridad la fiel imagen del pueblo á que pertenecieron. Los recuerdos de Underwood, de Thurloe y de Pepys, son un suplemento necesario para las historias de Cromwell y de Carlos II. En las Memorias del cardenal de Retz se siente el rumor de la Fronda; Enrique IV se muestra al descubierto en las de su esposa, de la Condé y en las *Economías reales* de Sully; si Voltaire no hizo del *Siglo de Luis XIV* mas que un libro de partido, la Motteville y la Montpensier recorren el velo del palacio y de los gabinetes; Saint-Simon nos habla en tono mordaz de su conjunto y de sus pormenores, de sus grandezas y de sus miserias, y el palabrero Dangeau, la Maintenon y la Sevigné reducen á sus proporciones naturales á ese Luis á quien sus contemporáneos tuvieron por superior á todos hasta en la estatura; tan profundamente conocía el *oficio de rey*. Á su vez la revolución francesa, la corte y los campamentos de Napoleón se revelarán mejor en tales confianzas parciales que en las obras de los historiadores, que de propósito han querido caminar sobre insidiosas cenizas; porque en las Memorias es donde aparecen el pueblo y las alegrías y pesares de la clase mas descuidada, donde se manifiestan los arcanos del alma y de la inteligencia, donde se siente la actividad de esa vida que en la mayor parte de los historiadores se asemeja á los sacudimientos artificiales del galvanismo.

Tampoco merecen fe histórica los extractos, narraciones inconexas, reunidas en un conjunto para servir á un objeto determinado, como la *Historia varia* y los libros de Valerio Máximo, de Solino y de Constantino Porfirrogénito. Sus

autores, mas que á la exactitud histórica, atendieron á poner en relieve algunas máximas deducidas de los acontecimientos que referían; de suerte que hay que valerse de tales obras con cautela, lo mismo que de las de aquellos que, como Maquiavelo y Montesquieu, echaron mano de la Historia en apoyo ó como ejemplo de sus teorías. Mucho menor caso debe hacerse de las poligrafías y de las colecciones de anécdotas (1).

Por el contrario, muchos libros, no precisamente históricos, nos suministran elementos para la Historia, y Ciceron, Aristóteles, Montaigne y otros nos dan multitud de noticias que no se encuentran en ninguna otra obra.

En el siglo pasado tomó la Historia nueva dirección, á impulso de aquellos que con el nombre de filósofos proclamaban la emancipación del género humano. La escuela filosófica no podía llamarse nueva, pues que ya por Maquiavelo habia sido la Historia elevada de las impresiones individuales y los hechos inconexos á la acción general de los hombres, á las fuerzas políticas, á la armonía de los elementos sociales; en suma, de narración á teoría social. Después, fray Pablo Sarpi sacó partido de los hechos para atacar á Roma papal en favor de Venecia y de la monarquía; tentativa que no ensanchó los límites de la Historia, si bien dió mayor extensión al folleto, pues se asemeja su relación á los alegatos que los abogados presentan en apoyo de sus clientes. El cardenal Pallavicino, que descendió á rebatirlo, usó de las mismas armas, añadiendo á lo enojoso de esta circunstancia la ingrata tarea de la refutación, mal compensada con las gracias del estilo y el poder de la verdad.

La Historia, llamada despues á aunarse con las demas ciencias para destruir todo cuanto se habia venerado hasta entónces, substituyó á los hechos, eterno lenguaje de Dios, las opiniones, efímero lenguaje de los mortales. Grande por cierto era el proyecto de reunir ciencias, artes, moral, literatura, para expresar la misma idea social, revelando así la unidad de las leyes del mundo, y coordinándolo todo para el bienestar progresivo: mas puesto caso que fueran sanas las intenciones de los Enciclopedistas, hubo de extraviarlas el estado de la sociedad de aquel tiempo. Dos siglos pugnaban entre sí; y el clero, la monarquía, la nobleza, el pueblo, en vez de equilibrarse, se repelían recíprocamente, y se hacían una guerra sorda que para los previsores era un presagio seguro de la proximidad de un combate á campo abierto. Descontentos, pues, de la sociedad presente, maldecían de sus elementos, sin reparar que los habian defendido, antes de declararse sus enemigos y considerán-

(1) Entre las compilaciones deben recordarse las de Constantino Porfirrogénito; los *Arises y modelos* de Justo Lipsio; las *Meditaciones históricas* de Camerario; el *Especjo trágico* de Dickinson; la *Silva de varia lección* de Pedro Mejia; los *ana*, las anécdotas, las bellezas históricas; la *Historia de los favoritos* de Dupuy y Louvet; la *de las favoritas* de Mad. de Roche Guilhem; la *de los impostores* de Rocolet, etc.

Historia  
filosó-  
fica.

Extrac-  
tos.

dolos ya en su origen, no fuerzas morales, sino émulos importunos. De aquí el odio fanático á las costumbres é instituciones precedentes, odio que se daba á conocer ya en una argucia, ya en los abultados tomos de la *Enciclopedia*. Cuando la censura no dejaba impugnar abiertamente á la nobleza, al clero, á los tronos existentes, se dirigian los tiros á los señores feudales esculpidos en piedra y á los pontífices santificados: decíase que las cruzadas habian sido meramente efecto del fanatismo; San Luis, un hombre honrado, juguete de sus ilusiones; Carlo Magno un clérigo armado; Gregorio VII é Inocencio III dos intrigantes que confundian el reino de los cielos con el de la tierra; y aun se llegó á aplaudir el triple sacrilegio, religioso, moral y patriótico contra la doncella de Orleans, libertadora de Francia; sacrilegio cometido por el que celebraba el hoyuelo de la Pompadour, por el que pretendia el favor de la Crequy-Lesdiguières para erigir en marquesado su hacienda de Ferney como una gloria y una felicidad de su triste vida.

Mucho auxiliaba á los filósofos en su guerra de burlas y sarcasmos la importancia que por aquel tiempo tenia la ideología, por medio de la cual se sacaban de los límites de la realidad las cuestiones puramente de hecho, á fuerza de abstracciones, de combinaciones y de trasposiciones, dándose á este juego de la fantasía el nombre de análisis. Cuando se trataba de hostilizar á la nobleza de entónces, superficial, abyecta y corrompida hasta los huesos, no se preguntaba cómo habia cooperado en otros tiempos á las libertades y á la civilizaci6n del mayor número, interponiéndose entre los monarcas y el pueblo, sino que se decía: « Los hombres » nacen iguales, luego toda desigualdad social » es injusta. » Y se añadia: « La religion debe » ser una estrecha relacion entre Dios y el hom- » bre; luego es libre é individual; luego están » de mas el culto, el sacerdocio y los otros ac- » cesorios de la impostura. » Y de este modo venia á presentarse al clero « como una reunion » de fanáticos enemiga de toda clase de ilustra- » cion; » á la nobleza « como una turba de ase- » sinos, titulados condes, marqueses y barones, » y llevando siempre su halcon en mano. » Sustituianse á los hechos prácticos fórmulas abstractas de rebelion, de derecho hereditario, de conspiraciones sofocadas, de legitimidad, de golpes de Estado; queriase que las palabras rey, libertad, esclavos, tuviesen la misma significa- » cion en Lóndres que en Persépolis, para los con- » temporáneos de Pericles que para los de Was- » hington; no se veía en las invasiones de los Lombardos, de los Sajones, de los Normandos mas que un cambio de dinastías; una insurrec- » cion en la liga lombarda; una concesion régia en la *Magna Carta* y en el establecimiento de los municipios; y así á fuerza de abstracciones se quitaba á la Historia el auxilio de la investi- » gacion y de la experiencia, dejándola ignorante de lo pasado, engañada respecto de lo presente y estéril para lo venidero. La incredulidad arro-

gante que rechaza los hechos sin dignarse profundizarlos, y que es una disposicion del ánimo aun mas nociva que la estúpida credulidad, llegó hasta el punto de considerar los sucesos históricos como de utilidad solamente convencional, como uno de los temas mas generales de conversacion (1).

Si bien las pasiones recientes y amenazadas pueden ser obstáculo para la imparcialidad, á lo ménos respecto de los acontecimientos há tiempo consumados, no parece que debería quedar otra cosa que hacer mas que investigar y exponer lealmente la verdad. Sin embargo, el espíritu sistemático y las preocupaciones hacian descender al historiador de la elevada posicion desde donde reparte premios y recompensas, para obligarlo á entrar en ridiculas escaramuzas, y sugerirle sofismas aun mas sutiles que aquellos que hubieran podido imaginarse los interesados en la lucha. Para deducir lo que se llamaba espíritu de los hechos, se desnaturalizaban las causas, inventando arbitrarias analogías entre el primer hecho y el carácter de los sucesivos; y el historiador, poeta en lo antiguo, se convirtió en abogado, que tenia ó no razon, segun que poseía mas ó ménos el arte de callar y de exponer, dado que no adulteraba los hechos sino que los presentaba á su antojo. Y efectivamente, exagerando ciertas particularidades, callando otras por medio de diestros subterfugios, haciendo que aquí brille una luz, miéntras allá se recarga una sombra, admitiendo como incontestables las tradiciones que convienen á nuestro propósito, al paso que se desencadena la crítica contra las que no nos convienen, cubriendo el vacío de los hechos bajo el aparato de los sistemas, ridiculizando una virtud, al mismo tiempo que se oculta un delito con el velo de una agudeza, no es difícil presentar á Juliano el Apóstata como un héroe y á Gregorio VII como un loco, elevar á las nubes á Diocleciano que renuncia al imperio del mundo, y atribuir á cobardía el mismo acto en Pedro Caléstino.

Permitásemme detenerme algun tanto al tratar de esta escuela, porque los males que produjo no se limitaron á la literatura, y porque si bien ha decaido en los países mas cultos, la veo en Italia atizar el fuego de la incredulidad é inspirar, ya las repetidísimas frivolidades de sociedad, ya escritos, aplaudidos como rasgos de franqueza, solo porque sus autores tienen la osadía de tratar superficialmente los asuntos mas graves, ultrajar á los oprimidos y ridiculizar la religion, la libertad y las convicciones profundas. Y precisamente el aplomo magistral en los juicios, la satírica malignidad para retratar

(1) « Les hommes sensés doivent regarder l'histoire comme un tissu de fables dont la morale est très-appropriée au cœur humain. » ROUSSEAU. Y los amigos de d'Alembert consideraban el estudio de los acontecimientos históricos « como éntand seulement d'une nécessité convenue, comme une des sources les plus ordinaires de la conversation; en un mot, comme une de ces inutilités si nécessaires, qui servent à remplir les vides immenses et fréquents de la société. » D'ALEMBERT, *Réflexions sur l'histoire*.

ciertos caracteres, el método de sutil observacion, la granizada perpétua de sofismas eran los medios de que los historiadores de quienes hablo se valian para halagar la innata propension del hombre á lo que le está vedado, y para estimular las embotadas sensaciones de un siglo hastiado, que solo tenia fe en los incrédulos. Añádase á esto el espíritu de pandilla que ensalza al que se deja llevar de la corriente y denigra al que se atreve á ir contra ella, y se comprenderá cómo y por qué se hicieron famosos los improbables esfuerzos de Mably para desatinar continuamente sin decir jamas nada; las declamaciones sentimentales de Raynal y de Diderot; los interminables alegatos de Hume; la petulante nulidad á que Millot redujo, no solo su propio escrito, sino tambien las obras que consultó; la inconexa serie de Gibbon, donde no se sabe qué abunda mas, si la mala fe, la insustancial elegancia, ó la vacilacion con que siguió su única idea de inspirar repugnancia contra toda institucion religiosa (1); y Boulanger que santificaba el acaso deduciendo de él la religion; y Bailly y Dupuis que despues de suponer un pueblo que todo lo supo y todo lo conoció, excepto el arte de conocerse á sí mismo, multiplicaron los siglos para presentar los cultos tan solo como archivos de observaciones astronómicas; y por último, esa turba de escritores, cuya audacia para acometer su empresa es aun ménos repugnante que la frívola manera con que fué acometida; turba á la cabeza de la cual estaba el autor del *Ensayo sobre las costumbres*, obra llena de viveza, de sarcasmo, de ignorancia y de incredulidad dogmática é intolerante, á pesar de su escepticismo (2).

(1) Aquí no hago mas que nombrarlos; mas adelante trataré de sus obras por extenso.

(2) Para justificar los ataques que con frecuencia he de tener que dirigir á Voltaire, y á fin de desengañar á los que aferrados á lo pasado han menester la autoridad para reformar sus juicios, podría citar á los mejores historiadores y críticos de treinta años acá. Véanse, para señalar los mas á la mano, un artículo de la *France littéraire*, citado en el *Indicador*, setiembre de 1836, y todos los historiadores sin hablar de los controversistas. Pero como se dice que hoy es moda hacer gala de religion, copiaré el juicio de un contemporáneo de Voltaire, que no puede ser sospechoso:

« J'étais, dice, très-disposé à pardonner à Voltaire sa mauvaise politique, sa mauvaise morale, son ignorance, et la hardiesse avec laquelle il tronque, défigure et altere la plupart des faits: mais j'aurais au moins voulu trouver dans l'historien un poète qui eût assez de sens pour ne pas faire grimacer ses personnages, et qui rendit les passions avec le caractère qu'elles doivent avoir; un écrivain qui eût assez de goût pour ne jamais se permettre des bouffonneries dans l'histoire, et qui eût appris combien il est barbare et scandaleux de rire et de plaisanter des erreurs qui intéressent le bonheur des hommes. Ce qu'il dit n'est ordinairement qu'ébauché: veut-il atteindre au but, il le passe, il est outré.

« Ce qui m'étonne davantage, c'est que cet historien, ce patriarche de nos philosophes, cet homme enfin qu'on nous représente comme le plus puissant génie de notre nation, ne voie pas jusqu'au bout de son nez.

« Voltaire se vante quelque part d'avoir lu nos Capitulaires: mais il n'est pas donné à tout le monde d'y puiser assez de gaieté pour être le plus frivole et le plus plaisant des historiens.

« Que de choses inutiles un historien ne se permet que quand il est fort ignorant!

« Malheureusement cet auteur a fini ses ouvrages avant que d'avoir bien compris ce qu'il voulait faire.

Asociados los historiadores á esa filosofia, cuyos esfuerzos se dirigen á manifestar, que ciertos flúidos ignorados producen el valor de los héroes y la molicie del Sibarita, y á libertar al hombre del alma y al universo del creador; los historiadores, repito, que son los testigos de lo pasado, se complacieron en destruirlo; imitando á los Árabes que fundaron sus pobres cabañas sobre las ruinas de la grande Apolinópolis, y ensuciaron con las inmundicias que arrojaban de sus habitaciones los salones y suntuosos pórticos, construidos tan solo para que en su recinto resonaran eternamente himnos en alabanza del nimen. Su deseo de deducirlo todo de la materia, y referirlo todo á ella, vino á probar cuán pobre y miserable es la impiedad, cuando trata de los dolores de la especie humana. Si se remontaban al origen del hombre, lo suponian como un gérmen que se desarrollaba en dife-

« La vérité n'est quelquefois pas vraisemblable, et il n'en faut pas davantage pour qu'un historien qui se pique d'être philosophe, sans avoir trop étudié les travers de l'esprit humain et les caprices de nos passions et de la fortune, rejette comme une erreur tout événement qui lui paraît extraordinaire: c'est la manière de Voltaire.

« Pour me prouver combien sa critique est circonspecte et sévère, il dira que l'aventure de Lucrèce ne lui paraît pas appuyée sur des fondements bien authentiques, de même que celle de la fille du comte Julien. La preuve qu'il en donne, c'est qu'un viol est d'ordinaire aussi difficile à prouver qu'à faire. Un goguenard sans goût peut rire de cette mauvaise plaisanterie, mais elle déshonore un historien.

« Son *Histoire universelle* n'est qu'une pasquinade digne des lecteurs qui l'admirent sur la foi de nos philosophes.

« Quel autre historien aurait osé dire que les enfants ne se font pas à coups de plume? Un écrivain judicieux aurait cru se déshonorer par une bouffonnerie si indécente. Voltaire a semé dans cette *Histoire universelle* une foule de plaisanteries qui ont du sel, et que je louerais dans une comédie ou dans une satire; mais elles sont déplacées et impertinentes dans une histoire. » MABLY, *De la manière d'écrire l'histoire*.

Benjamin Constant, decía, que para burlarse de la manera que Voltaire lo hizo de Ezequiel y del Génesis, era preciso reunir dos cosas que hacen de tristísima condicion la burla: la mayor IGNORANCIA y la mas deplorable ligereza. Quiero ademias citar á Villemain prefiriéndolo á otros muchos, primero porque es bien conocida la moderacion de tan prudente crítico; segundo porque en general se muestra muy respetuoso hacia el patriarca de la *Enciclopedia*, y tercero porque sus lecciones pronunciadas ante una escogida juventud francesa están revestidas de una expresion solemne y casi popular.

Pues bien, en su *Cours de littérature française* dice de Voltaire « (Lección XVI): Sa vue moqueuse du christianisme » altère la vérité de l'histoire, en détruit l'intérêt, et substitue des caricatures au tableau de l'esprit humain.... L'auteur n'aime pas son sujet (la Historia de la edad media); il l'a en pitié; il le méprise, et par cela même il s'y trompe assez souvent, malgré tant de sagacité et même d'exactitude. Car ne supposez pas Voltaire généralement inexact.... ce qui manque seulement à son ouvrage c'est la chose même qu'il promettait: la philosophie.... Il avait médiocrement étudié l'antiquité dont il veut donner une idée sommaire, après Bossuet. Les erreurs de noms, de dates, les citations tronquées, et, il faut le dire, LES IGNORANCES abondent dans sa prétendue critique de l'histoire ancienne.

« Il établit ce singulier principe, que les faiblesses des princes ne doivent pas être toujours divulguées, et que l'histoire doit cacher quelque chose.... Voltaire, qui se plaint si souvent des mensonges historiques, finit malheureusement par réduire l'histoire au panegyrique et au pamphlet. Ce libré génie obéissait à mille petites passions.

(Lección XVII.) « Il n'est pas besoin de rappeler tout ce que dans sa vieillesse il a écrit contre la Bible, et que de doutes insidieux, que de sarcasmes et d'interminables bouffonneries il a tirés souvent... de quoi, messieurs? de ses distractions, de ses contresens, de ses propres IGNORANCES. »

rentes situaciones, protegido por una tempera-  
tura benigna; y al paso que aseguraban que su  
primer estado fué el salvaje, se le imaginaban  
idéntico á un europeo á quien se abandonara des-  
nudo en una isla desierta, dándole desde luego  
nuestras ideas, nuestra manera de raciocinar y  
nuestras necesidades; y haciéndole encontrar  
poco á poco un pacto social análogo á las alian-  
zas estipuladas en nuestro derecho de gentes,  
un culto debido á los amañes de los sacerdotes,  
y hasta un lenguaje con reglas tan fijas como  
pudiera combinarlas una academia. Para ellos  
la diversidad de ritos, de costumbres, de cul-  
tura, provenian del clima bajo el cual se desar-  
rollaba la *plantahombre*. Es cierto que la esclavitud  
ha pasado las barreras de los Alpes, mien-  
tras la libertad se ostenta orgullosa en las  
indefensas orillas del Tamesis; es verdad que la  
Rusia y la Escandinavia florecen ahora, al mismo  
tiempo que la India se hunde en las barbarie; y  
que el estéril Amstel rebosa en las riquezas ne-  
gadas al áureo Tajo; pero los historiadores filo-  
sofistas, á semejanza de aquellos dioses que te-  
nían ojos y no veían, no hacían caso de los he-  
chos contrarios á sus preocupaciones, ni daban  
oidos á la Historia, que en todas sus páginas  
prueba que el espíritu humano domina á la natu-  
raleza y sabe resistir á las causas físicas; que  
la inteligencia, superior á las sensaciones, no es  
esclava de la naturaleza material.

Dabase á la edad média el nombre de barba-  
rie; y esto supuesto, ¿qué otra cosa podía espe-  
rarse de ella mas que horrores y degradacion?  
No veían, pues, lo positivo ni lo poético de los  
origenes europeos; no descubrian mas que la  
destruccion lastimosa de toda civilizacion, y den-  
sas tinieblas, apenas alboreadas despues del si-  
glo XV y desvanecidas completamente por los  
tiempos que ellos llamaban siglos de oro (1).

Así la Historia, abandonada del espíritu de  
Dios, mereció ser caracterizada por un elocuente  
filósofo como una gran conjuración contra la  
verdad. Hasta lo bello iba desapareciendo con lo  
bueno y lo verdadero, porque parecia que en  
aquel prurito de discusion, los que en ella to-  
maban parte temian deleitar y conmovier al lec-  
tor con el espectáculo de las vicisitudes de la  
humanidad, permitiéndole creer en la virtud y  
en el desinterés. Impasibles por lo regular, se  
animaban tan solo para proferir sarcasmos y  
declamaciones contra la fe y contra la bondad  
de nuestra naturaleza. Los mas hábiles sabian  
hacinar artificioamente los hechos, investigar  
las causas y descifrar los caracteres; pero no  
nos presentaban al hombre con sus virtudes y  
sus vicios, con sus goces y sus padecimientos:  
se les veían apasionados contra el error, pero no  
amantes de la verdad. Por otra parte, al paso  
que no huían de las anécdotas escandalosas,  
treían indecoroso descender á ciertos porme-  
nores. El mismo Robertson, tan prolijo como es,

(1) Véase el Discurso sobre la edad média con que principia  
el libro VIII.

cuando encuentra algunas particularidades dra-  
máticas y originales, las relega á una nota, á la  
manera del pintor que quitase las sombras y el  
colorido á un retrato para reducirlo á la verdad  
descarnada del contorno.

Por una de esas reacciones tan frecuentes, al  
mismo tiempo que la escuela filosófica ejercía <sup>Historia</sup>  
todo su influjo, Rollin, Crevier, Barthélemy y <sup>erudita.</sup>  
otros eruditos idolatraban á la antigüedad hasta  
el extremo de no conocer sus defectos. Estos  
escritores no trataban de averiguar si un hecho  
era verdadero, ni si era probable: para ellos  
bastaba que hubiera sido narrado en la lengua  
de Homero ó de Virgilio, en cuyo caso con las  
citas al pié de la página se creían dispensados  
de todo argumento. Ni siquiera elegían entre  
las autoridades: para los hechos de la vida de  
Alcibiades, el mismo crédito daban á Plutarco  
que á Tucídides; y para la vida de Sócrates igual  
fe les merecía Jenofonte que un comentarista  
del Bajo Imperio. Identificándose ademas con  
los autores de donde tomaban sus narraciones,  
admiraban con Tito Livio las crueldades san-  
grientas de los Romanos, ensalzaban con Quinto  
Curcio la bondad de los Escitas, y maldecían  
con César la obstinacion de los Galos, que no  
querían dejarse quitar la libertad y la indepen-  
dencia. De aquí se siguió una confusion grandí-  
sima de tiempos y colores: hasta los mismos er-  
rores de Astronomía, de Metafísica, de Geografía,  
eran respetados en el mero hecho de ser anti-  
guos: ¿qué mas? el robo, la traicion, el asesi-  
nato, quedaban justificados si eran cometidos  
por Temístocles ó Pompeyo; y aunque hacia  
medio siglo que habia escrito Vico, tuvo que  
salir Beaufort á demostrar que tambien los clá-  
sicos podían engañarse y engañarnos.

Estos eran los libros por cuyo medio en las  
escuelas se enseñaba la bondad sin el discerni-  
miento á los jóvenes, que despues en el mundo  
aprendían de los historiadores filosofistas el dis-  
cernimiento sin la bondad. El antagonismo y la  
asociacion de estos dos métodos se manifestaron  
cuando las teorías se pusieron en práctica, y  
cuando de la guerra de la pluma se pasó á la  
guerra de la espada. La Revolucion presentó  
batalla á la edad média, y mientras por una  
parte borraba los blasones esculpidos sobre los  
sepulcros violados, aniquilaba los archivos cus-  
todios de lo pasado, destruía los edificios góticos,  
arruinaba los castillos y daba muerte á sus pro-  
prietarios, por otra parecia querer infundir nueva  
vida á Grecia y á Roma. No comprendía la liber-  
tad, sino con las formas de la democracia anti-  
gua: fueron su simbolo el gorro frigio y las ha-  
ces de los cónsules; construyó un Panteon para  
los grandes hombres; la diosa Razon obtuvo los  
altares negados á Cristo, y las repúblicas Li-  
guriana, Cisalpina y Partenópea hicieron que  
se olvidase el nombre de Italia. Sucedióronse  
despues el tribunado y el consulado, hasta  
que apareció el que habia de aprovecharse de  
tales recuerdos históricos para pedir á los hijos

de Bruto el consulado vitalicio como César y el  
imperio como Augusto. Aquel hombre astuto  
tuvo buen cuidado de alimentar semejante espí-  
ritu clásico; y mientras los nuevos Píndaros  
cantaban las alabanzas de Aquiles y de Berecintia,  
madre de tantos semidioses, las águilas resuci-  
tadas guiaban á la matanza de los Bárbaros á  
las legiones, que morían contentas por renovar  
los triunfos del capitolio (1).

Cuando las extravagancias llegan á su colmo  
sirven á la causa de la verdad, la cual por dis-  
posicion de la sabia Providencia viene á germi-  
nar en el tronco mismo del error. Las discu-  
siones de aquella ciencia de duda y de negacion  
despertaron la aficion á los estudios serios; y  
cuando hombres de buena fe los profundizaron,  
donde creyeron hallar preocupaciones, tiranía,  
ignorancia, descubrieron á la humanidad en pro-  
greso, el culto racional, la proteccion dada á los  
derechos. La edad média excitó su admiracion con  
su sencilla y vigorosa literatura, original como  
sus bellas artes: vieron que nuestra sociedad no  
provenia directamente de los Griegos ni de los  
Romanos, sino que debían buscarse sus elemen-  
tos en los siglos que con razon se llaman me-  
dios, porque marcan el crepúsculo entre el  
ocaso de una civilizacion cimentada en la con-  
quista, en la esclavitud, en el egoismo, y la au-  
rorra de una cultura nueva basada en la indus-  
tria, en el individualismo y en el catolicismo.  
Los detractores de este aparecieron frívolos, ca-  
lumniadores ó ignorantes, y haciéndose histó-

(1) Hasta los observadores mas vulgares notaron la tenden-  
cia académica de la revolucion con sus Brutos y Timoleones  
que andaban en boca de todos con los árboles, el gorro frigio,  
las haces, los titulos de dignidad y todas las demas formas.  
Los discursos que se pronunciaban en las asambleas estaban  
llenos de citas y alusiones clásicas; y en los sables de la  
guardia nacional se puso con muy poca alteracion un verso  
de Lucano:

*Ignorantius datus ne quisquam serviat enses?*

Con los recuerdos clásicos se justificaba hasta la esclavitud;  
pues cuando, recobrada la isla de Santo Domingo, se resta-  
bleció en ella el tráfico de negros, Bruix, consejero de Estado,  
decía: « La libertad de Roma se rodeaba de esclavos; mas  
piadosa entre nosotros, los relega á tierras lejanas. » ¡Magní-  
fica filantropía que se contenta con no ver los padecimien-  
tos! Saint Just en los *Fragments sur les institutions républi-  
caines*, dice: « Solamente un pueblo agrícola puede ser vir-  
tuoso y libre.... Mal se aviene el telar con las costumbres  
del verdadero ciudadano; no se hizo la mano del hombre  
libre mas que para la tierra ó para las armas. » Véase aquí  
abatido, en nombre de la antigüedad, el fundamento de las  
sociedades modernas, es decir, la industria. En tiempo de la  
Restauracion, Tracy refirió en la tribuna que en 1792 cierta  
persona escribía á un amigo suyo: « Estoy encargado de for-  
mular un proyecto de constitucion; POR CONSIGUIENTE,  
» envíame las leyes de Numa y de Licurgo. » La injustísima  
ley de la presuncion respecto de los bienes de los emigrados  
se justificaba con la proposicion tribunicia, por la cual los  
Romanos se declararon herederos de Ptolomeo todavía vivo.  
Los médicos preparaban el estramonio (\*) para los nuevos  
héroes, y las heroínas imitaban la descarada licencia de las  
antiguas. Sin embargo, tambien solían parecerles demasiado  
libres algunas de las ideas romanas, y cuando se representó  
el Bruto de Voltaire, los versos

*Arrêter un Romain, sur des simples soupçons,  
C'est agir en tyrans, nous qui les punissons.*

fueron reformados por la censura republicana de esta manera:

*Arrêter un Romain, sur des simples soupçons,  
Ne peut être permis qu'en révolution.*

(\*) Planta cuyo simiente produce un veneno narcótico muy  
peligroso.

(N. del T.)

rica la cuestion, cooperó con espléndidos descu-  
brimientos al triunfo de la verdad y de la virtud.  
Entonces los hombres políticos conocieron la  
necesidad de reformar sus estudios acerca de  
aquella organizacion, para saber el camino por el  
cual habian de guiar á las generaciones: los ar-  
tistas se persuadieron de que habia otras formas  
de lo bello ademas del ideal de la antigüedad; y  
los hombres científicos hicieron justicia á un  
tiempo que habia regalado á la Europa el álgebra,  
los números arábigos, la brújula, la pólvora, la  
imprensa, y en el cual los esclavos se habian con-  
vertido en siervos, los siervos en colonos, y los  
colonos en pueblo. Excluido el acaso, viéronse  
encadenados los accidentes; observóse cómo los  
pequeños eran alguna vez ocasion inmediata, mas  
no causa de los grandes, cuya razon estriba en  
las situaciones y en las costumbres; y descubrióse  
que el genio nacia en circunstancias determina-  
das, y que á ningun legislador era dado formar  
el pueblo á su talento, el cual sin necesidad de  
sutiles argumentos conoce sus intereses, distin-  
gue á sus amigos de sus enemigos, y juzga á los  
hombres de diverso modo que los historiadores  
de profesion. Conviene, pues, estudiar al pueblo  
y no reirse de lo que en algun tiempo ha vena-  
rado y amado; conviene conocer sus errores,  
que son soluciones temporales de los grandes  
problemas que la humanidad plantea en cada  
período, y de los cuales cada período busca una  
solucion nueva; conviene con el lenguaje popu-  
lar interpretar los simbolos de Dionisio y de Tito  
Livio, y entonces se echará de ver, que el mundo,  
ljos de estar en decrepitud, presenta en sus  
facciones la sonrisa de una edad juvenil que se  
acercá á la virilidad. Nosotros que hemos na-  
cido en las filas del pueblo, no vamos á admi-  
rar en la Historia los acontecimientos estrepito-  
sos, sino los útiles; fijamos nuestra atencion en  
los oprimidos; los vemos abrir los subterráneos  
de la India y elevar las pirámides de Egipto;  
costear con su sudor los monumentos de Peri-  
cles y con su sangre la victoria de Salamina;  
pelear por espacio de siglos y siglos contra los  
patricios y en favor de los derechos del hombre  
en Roma, y obtenerlos cuando desaparecía el  
nombre de libertad; apegarse á los altares y á  
los sacerdotes entre los aullidos de los Bár-  
baros; entusiasmarse en las cruzadas; organi-  
zarse lentamente en municipios, y en medio de  
las disputas teológicas manifestar sus deseos y  
hacer oír su grito insistente de emancipacion.

Un pensamiento sistemático dió mas seguro <sup>Filosofía</sup>  
vuelo á la que se llama Filosofía de la Historia. <sup>de la</sup>  
Reflexionando nuestro espíritu sobre cada uno <sup>Historia.</sup>  
de los pasos dados por la humanidad, descubre  
en ellos tambien unidad y armonía, y cree  
poder deducir la explicacion de los hechos, de  
las ideas que representan, y encontrar la esfinge  
inmóvil en medio de las arenas movilizadas del  
desierto. Relacionando entonces lo presente con  
lo pasado, como igualmente los efectos con la  
causa, y el fin con los medios traslada al orden